

# Pregón de Navidad

SANGÜESA. 1994

Por profesión y vocación, a lo largo de los años uno ha compuesto trabajos literarios de muy diversa índole. Sin embargo, el género del pregón navideño, para más señas- no figuraba hasta la fecha en su repertorio. Vaya, pues, por delante esta confesión para evitar comparaciones enojosas y, sobre todo, para manifestar que acepté tan hermoso y honroso encargo movido por la simpatía hacia la ciudad de Sangüesa, la admiración hacia su Misterio de Reyes y la amistad del sabio Juan Cruz Labeaga.

Criado y educado hasta los doce años en un pueblo de la Ribera de Navarra, guardo vivo el recuerdo del pregonero municipal anunciador de las últimas novedades del comercio local y de importación. Los precios de la anchoa, la sardina y el chicharro eran los más aireados por las pescaderías. Los melones, las sandías, las lechugas, las lentejas, los garbanzos, las naranjas, las mandarinas, las alcachofas y los cardos de Peralta figuraban entre los alimentos más publicitados.

En las amas de casa y en los niños ejercían un hechizo especial, aunque por motivos diferentes, los vendedores ambulantes foráneos, cuya llegada era difundida por el pregonero a golpe de corneta con una intensidad y reiteración inconfundibles y el consabido “Ha llegado a los Porches del Ayuntamiento ...”. Entre los ambulantes, había algunos dedicados a la venta especializada en calzado, pollos, fruta, mantas, cacerolas, huevos, etc.

Para mí, los vendedores más fascinantes eran los que en un abrir y cerrar de ojos sacaban de destartalados vehículos mercancías de lo más variopintas: cardos, bragas, pastillas de jabón chimbo, castañas, sábanas, albarcas, botellas de lejía, tomates, turrone, cuerdas, especias, combinaciones de señora y un sinfín de sorpresas.

La figura de “El Quico” de San Adrián se me representaba -aspecto risueño, voz cantarina y buzo azul- como la de un mago capaz de cargar en su camioneta de un verde descolorido, parecida a las militares, un muestrario casi inabarcable de productos; capaz de pesar la fruta en una romana a una velocidad de vértigo; capaz de hacer las cuentas sin recurrir al papel ni mucho menos a la calculadora; y, prodigio de los prodigios, disfrutar del don de la

ubilocuencia, dada su capacidad para sostener conversaciones simultáneas con varias clientas bullangueras de exigencias comerciales múltiples.

En cambio, el Zapatero de Calahorra presentaba un porte alicaído: el de un hombre cuarentón, delgado en extremo, con una cara angulosa y ultrapálida, sobre la que reinaba un bigote descomunal. Su contemplación despertaba en mí un vago sentimiento de compasión: no sé por qué, imaginaba que el negocio no le debía de ir muy bien, que su salud, afectada por el trabajo al aire libre, estaría muy quebrantada y que, seguramente, su hija pequeña -me gustaba imaginar que tenía una hija pequeña y con anginas- le echaría de menos en sus prolongadas ausencias comerciales por esos mundos de Dios. Desde luego, no podía ser mala persona aquel calahorrano que, sin conocer a las clientes y sin ninguna clase de fianza, les permitía llevarse el calzado a domicilio para que lo probasen sus maridos recién llegados del campo.

Estos y otros personajes semejantes eran habituales en el paisaje rural de la Navarra de los años cincuenta, mucho antes de que, incluso en poblaciones pequeñas, se generalizaran los multitudinarios mercadillos a imitación de las ferias y mercados más tradicionales. Los vendedores ambulantes frecuentaban los pueblos (mi pueblo) durante todo el año, pero en mi caprichosa memoria van asociados a la época invernal y, más en concreto, a las fiestas de Navidad. Por esas fechas, las madres hacían acopio excepcional de provisiones en forma de naranjas, pollos vivos, castañas, cardos, turrone, algún cuarto de cordero y, con suerte, hasta besugos.

Los vendedores forasteros están conectados en mi recuerdo a los dos pregoneros oficiales: Julio, de gesto adusto bajo su gorra de plato coronada por la misteriosa leyenda en letras metálicas, "O.P.", y Florentino, campechano y dicharachero, con una voz ronca de fumador y bebedor empedernido, que a menudo alardeaba de pregonar de memoria, sin ayuda de chuleta, los precios de una larga lista de primicias traídas por "El Quico" o el menú completo de la pescadería de "La Martina".

Julio y Florentino adoptaban una compostura más grave cuando convocaban a asambleas del Sindicato de Regantes, Bodega Cooperativa Vinícola "Virgen Blanca" o Trujal "San Isidro". Entonces, la corneta dorada emitía tonalidades menos chillonas de lo habitual, como asordinada por la presunta importancia de los severos órdenes del día que leerían a continuación.

Otra puesta en escena más teatral, la más teatral de todas, era la requerida por el anuncio de bandos oficiales, iniciados por el consabido y ritual "Por orden del señor alcalde, se hace saber que ...". Yo no entendía muy bien qué significaban vocablos como "contribución" y "alegaciones", pero resultaba bonito el prolongado redoble de tambor en cada esquina, el corro de niños y mayores alrededor del erguido pregonero y los comentarios atropellados de los hombres.

Por mucho que hayamos vivido, las impresiones, emociones y conocimientos captados en la infancia dejan en nosotros el sabor indeleble de lo verdadero y auténtico. De ahí que mi aprendizaje del noble oficio de pregonero no posea otro fundamento que el universo infantil aquí evocado. Por ello, no les extrañe que mis pensamientos fluyan con torpeza, que mi pregón navideño no se ajuste a los cánones al uso, que mi texto se aproxime más al espíritu de Julio y Florentino que al de escritores o cantantes de campanillas que

cobran pingües honorarios por redactar pregones oficiales con el pretexto de cualquier acontecimiento.

Esta noche no les voy a facilitar una exclusiva informativa, por pequeña que sea, como hacían mis pregoneros del alma: me limitaré a recordarles la inminente celebración de una fiesta de dos mil años de antigüedad, la fiesta definitiva de la Navidad, que en las sociedades occidentales tiene un alcance superior a cualquier otra festividad.

La atmósfera de la Navidad, todos lo sabemos, propende a cargarse de acentos edulcorados y cursis, asociados a sentimientos tan nobles como la ternura, la solidaridad o la esperanza, exquisitamente envasados por los intereses comerciales de la sociedad de consumo. Como lógica reacción ante tales excesos, durante estos días no es extraño leer y escuchar, desde los medios de comunicación y desde los púlpitos, manifiestos un tanto apocalípticos en favor de la moderación, el sacrificio, la solidaridad y la transformación total de nuestras conciencias y conductas, como si esta titánica empresa pudiera lograrse en un tris y sólo con el pensamiento.

Con toda humildad declaro que ambas actitudes son, en sí mismas, radicalmente falsas. Unas y otras olvidan que nos hallamos ante unas fiestas de larga duración, favorecedoras de la convivencia familiar en el hogar en las sociedades tradicionales agropecuarias; que estas fiestas, de carácter religioso, hunden sus raíces en la tradición pagana; y que, por lo tanto, nada tiene de sorprendente la natural compatibilidad de tradiciones folklóricas -patrimonio en el que Navarra es comunidad privilegiada por su abundancia y variedad- con costumbres modernas impregnadas de reminiscencias ancestrales o del más fervoroso espíritu cristiano. Por ello, me parece que estas fiestas deben invitarnos a todos a practicar el saludable ejercicio de la tolerancia. ¿Por qué algunos califican de “desmadre orgiástico” el esparcimiento de la Nochevieja y olvidan, en cambio, que todas las sociedades necesitan, como válvula de escape, la suplantación por unos días del orden social establecido? ¿Por qué se admite con buenos ojos la filosofía del disfraz carnavalesco y se critica con acritud este enmascaramiento de la persona en una fecha como la Nochevieja, que invita precisamente al cambio y renovación interiores?

Doctores tiene la Iglesia para adoctrinar, así es que no seré yo quien desvíe mis reflexiones por la senda de la moral. En cualquier caso, quizás no esté de más subrayar la conveniencia de cultivar, pero no sólo en Navidades sino durante todo el año, los valores tradicionales relacionados con la estima del ser más que con la del tener, de los que tenemos significativas muestras en las recientes campañas y acampadas de jóvenes en favor de la cesión del 0'7 por ciento de nuestros presupuestos para los países subdesarrollados.

Me gustaría que al vocabulario manoseado de la Navidad que incluye palabras como “champán”, “turrón”, “juguetes”, “Olentzero” o “Reyes”, se añadieran conceptos abstractos como Cultura y concretos como libro. Cuanto más aumentan las perturbaciones exteriores de la sociedad ajetreada, tanto más necesario se muestra el ejercicio íntimo de la lectura para lograr el mejor conocimiento de nosotros mismos, de los demás y de la sociedad en general. Por el contrario, qué gran noticia sería desterrar del diccionario navideño entradillas tan terribles como “terrorismo”, “paro”, “droga”, “sida” o “guerra”.

Hablar de Navidad en Sangüesa puede suponer, y mucho más para un forastero, un acto de lesa atrevimiento. Teorizar sobre las Navidades en una

ciudad que desde principios de este siglo escenifica el “Misterio de Reyes” el día 6 de enero sólo es admisible teniendo en cuenta el carácter acogedor de “la que nunca faltó”. En el texto del Padre José Legarda, se perciben no sólo los lugares más comunes y encantadores de los episodios bíblicos, sino también el resumen de los grandes temas humanos, a saber: la esperanza, la duda, el misterio, la ternura, la maternidad, el odio, la venganza del poderoso, la persecución, el exilio, etc., que proyectan artística y orientadora luz sobre los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Por consiguiente, este auto puede contemplarse con la mirada religiosa y, por qué no, también con el espíritu laico de la persona interesada en las manifestaciones culturales de carácter popular cargadas de hondo significado.

Escribía en 1954 el poeta José Manuel Caballero Bonald: “Mi propia profecía es mi memoria:/ mi esperanza de ser lo que ya he sido”. No creo que estos admirables versos respondan a una bobalicona y estéril nostalgia, sino más bien al deseo de fundar la madurez personal en las señas más auténticas y nobles del pasado infantil.

En el último recodo de este milenio, la aceleración de nuestra sociedad ultrabarroca, proclive a los grandes gestos, pone en circulación condicionantes mensajes de modernidad basados en la novedad de lo efímero. Por este motivo, con frecuencia olvidamos que nuestros proyectos personales y colectivos podrían encontrar un cimiento sólido en nuestro más noble pasado, hecho de pequeñas vivencias, de momentos irrepetibles, de actitudes de asombro e ilusión, esas que han movido siempre a la humanidad. Esas que, una vez más, dentro de unos días nos refrescarán los belenes, los villancicos, los olentzéros, los Reyes Magos, los árboles de Navidad y el mensaje vivificador de Jesús Niño. Y, por supuesto, los pregoneros de nuestra niñez.

Feliz Navidad. Zorionak.

*Tomás Yerro Villanueva*